LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO DE CIENCIAS LITERATURA Y ARTES

NÚM. I. — 2 DE NOVIEMBRE DE 1890 — NÚM. I.

SUMARIO

El 2 de Noviembre, por C. Solsona.—**La evolucion de la crítica**, por Clarin (Leopoldo Alas).—**Síntomas y Flores de cieno** (doloras), por Campoamor.—**Pelotaris célebres**, por A. Peña y Goñi.—**Desde el Boulevard**, por R. Blasco.—**Carta semanal de Lóndres**, por B. de Oya.—**Viena.—Roma.—Nueva-York.—Un aparejo redondo**, por M. M.ª de Santa Ana.—**Justicia seca**, por Eduardo del Palacio.—**Mosáico madrileño**, por M. Ossorio y Bernard.

EL 2 DE NOVIEMBRE

En la fiesta de todos los Santos rezamos á los que están en el cielo, por los que vivimos en la tierra.

La fiesta de hoy es para los muertos; porque no se reza más que para ellos.

Hoy, por lo mismo, rezamos para las almas del purgatorio, para aquellas que con muchos *aménes* llegan al cielo: ó mejor dicho, los rezos obran y se aplican hoy por estas almas; y porque no sabemos cuáles sean ellas, manda la Iglesia que se rece por todas.

La tradicion piadosa nos lleva estos dias al cementerio, pero en el cementerio no hay nadie. Nuestros muertos no están allí. Aquellos nichos y aquellas tumbas son como el guardarropa de los que se fueron. Pasaron, pero ya no están. El cementerio conserva las cenizas, pero no el ser; conserva lo que nos envuelve en la vida orgánica, lo que nos abriga el esqueleto y el esqueleto mismo, lo que muere, lo que se pudre, lo que se disuelve; lo que reclaman tanto la tierra que lo produjo, como los que se quedan en este mundo, porque de estas transformaciones de la materia, viven. Por eso el cementerio parece una ciudad abandonada, un inmenso nido sin pájaros, porque volaron las almas á otros mundos, á otras latitudes ó á otros infiernos.

Dice un publicista francés que cuando mira sobre las tumbas las fechas de los que murieron hace veinticuatro horas y hace cien años, sueña con aquel momento en el que todos seremos contemporáneos.

¿Y que dia, qué momento será aquel para todos?

Para los incrédulos, el dia en que acaben de morirse todos los vivos.

Para los creyentes, para nosotros, el momento en que acaben de resucitar todos los muertos.

La muerte no es más que un cambio de figura.—Si cuando el hombre nace tiene alguna conciencia de lo que sufre, y alguna debe tener porque nace rabiando, el hombre pensará que se muere, y pensando que agoniza, está naciendo.

El primer paso que se dá en el camino de la vida es el primer paso que se dá en el camino de la muerte, porque el camino es el mismo. Si no se naciera más que para morir y no se muriese más que para acabar la vida, ¡qué infecunda, qué estéril sería la creacion entera!

La vida subsiste más allá de la tumba. ¿Qué vida será ella?—Otra distinta.—¿Cuál?—¡Quién lo sabe!—Donde empiezan las sombras empieza la fé. Y yo no razono mi fé, sino que la siento, y con sentirla me basta, porque sintiéndola, creo.

En la tierra dejamos primero las ilusiones, despues los desengaños y despues la piel. Debe ser muy estrecho este camino de la vida cuando solo pasa el espíritu sin dejar algo entre las zarzas. Y poco ha de valer esta envoltura humana cuando despues de muertos tan poco tiempo subsiste por sí misma.

Y si no contempladla desde lo alto.

A los trescientos metros del viaje ascendente, y desde la barquilla del globo, la capital parece un pueblo, el palacio una casa de carton, el carruaje un naipe doblado sobre otro que le sirve de asiento, y el hombre una figura miserable. Si no palpitara dentro el pensamiento, si no lo animasen las ideas, y no hubiera un alma en aquel cuerpo, la obra más acabada del universo sería una combinacion química, cuanto más casual más imperfecta.

Y nada más triste para quien así piense, que la estancia en el cementerio; que al mismo tiempo y cuanto más se prolonga se hace más atractivamente melancólica para quien espera y confía.

El respeto que nos imponen los muertos tiene algo del terror que debe sentir el que contempla una cosa ajena y se siente hácia su posesion atraido ó solicitado. No los miramos porque no nos miren, no les llamamos porque no nos respondan, no los tocamos porque no nos sorprendan. Y es que hay algo igual en todos los delitos que nos produce la misma repulsion; y huimos de la profanacion como huiriamos del robo.

No sé si ha hecho muchas cosas buenas la casa de Orleans, pero ha hecho una seguramente; que fué oponerse al embalsamamiento, á la profanacion de todos sus cadávores.

Si aquellos restos han de animarse, si todavía late el ser bajo la materia postrada, si algo queda despues del último suspiro que confirme aquella sospecha de que las almas no abandonan á los cuerpos en los primeros dias de la muerte, esa veneracion á lo que se transforma para volver á la vida, es la demostracion más elocuente de que no hay una sola ley en la naturaleza que sea ley de destruccion.

Quien destruye no es Dios. Quien destruye pasageramente es el hombre, que tampoco puede ni sabe destruir de otra manera.

Deliberadamente hay mucho ateo, pero espontáneamente ninguno. Quiero decir qne la esperanza se pierde despues de los desengaños, pero no ántes.

La ciencia no disipa la fé. Cuando la fé se ha perdido la ciencia la devuelve. La impenitencia final no es patrimonio del saber, sino del orgullo. Cuando el hombre no quiere poner algo superior sobre sí mismo, es que quiere colocarse él mismo sobre todo. Como aquella manola de *La comedia de Maravillas*, que no sabiendo qué hacer contra los títulos, lo mejor que se le hubo de ocurrir era sentarse encima del baron y de la marquesa.

El epitafio es una protesta contra la idea de la muerte. El que lo escribe quiere que se sepa que hay álguien dentro del sepulcro. Y el que lo deja escrito es que teme que lo olviden despues de muerto.

El desesperado Leopardi, que maldecia con tanto descreimiento su *Recanati aborrito é inhabitabile*, esperaba en otra vida más allá de la muerte, y en otra vida mejor, y para que nadie la turbase dispuso que colocaran sobre su losa este mandato: «¡Dejadme en paz!» Si no esperaba vivir despues de muerto, ¿para qué la absoluta prohibicion de que le rondasen la sepultura?

Los amigos incrédulos de Rabelais deseaban que fuese al infierno para que allí hiciese morir de risa á todos los condenados. Y ellos mismos se reian con este deseo de su propia incredulidad.

Martinez de la Rosa cuidaba hasta de la buena reputacion de las doncellas más allá de la muerte. Leed su epitafio:

Aquí yace una doncella,
y han borrado *de labor*...
¡Siempre es bueno hacer favor!

Y no digo nada de aquel matrimonio que pretendió sermonear á su niña muerta desde los cristales del nicho, poniendo en letras de oro la siguiente inscripcion:

¡MARIANITA!
Falleció á los cinco años de edad.
¡Hija mia!
¡Qué pronto comenzaste á darnos disgustos!

TUS PADRES.

No hay duda ménos justificada que la duda sobre la otra vida. No hay razon ni soberbia que estinga los sentimientos. Jamás el disimulo borró la pena, ni hubo quien suprimiendo la queja suprimiera el dolor. El que siente, cree; y el que dice que no crée, á mí me parece que no se ha enterado de lo que le pasa.

El respeto á los muertos como la memoria de ellos, constituyen un sentimiento creyente; é incrédulo del todo, yo creo que no lo es nadie que alguna vez se haya hecho una reflexion, ó que haya mirado á su conciencia en algun momento, ó conversado á solas con su razon sobre cualquier problema.

Y para concluir.

Nada me parece más natural que la concurrencia de los pecadores á las representaciones de *Don Juan Tenorio*. Este D. Juan, perjuro y blasfemo, burlador de maridos y secuestrador de novicias, espadachin, jugador y mujeriego de oficio, maldecido y condenado á los infiernos por el fallo de todas las justicias, acaba en la comedia por subir al cielo calzado y vestido mediante las súplicas de la fragil y desmayada Doña Inés. Por eso van á contemplar la escena los que están en pecado más grave ó más leve, en impiedad de primera ó de cuarta clase, en entredicho ó excomunion más ó menos patente; porque siempre es un consuelo para cualquier Don Juan del siglo XIX confiar en las oraciones de la primera Doña Inés antojadiza y sensible que se deje enamorar en la acera de las Calatravas.

CONRADO SOLSONA.

1890

LA EVOLUCION DE LA CRITICA

I

Perdóneme el lector si comienzo renegando del nombre de este artículo, ó, por mejor parecer, tomándolo á broma.—Aunque, uno á uno, tengo obligacion por cortesía, de considerar y suponer discretos de veras á todos los que leyeren, lo cierto es que á los periódicos literarios suelen acudir muchas de esas personas amigas del saber, y del saber pronto y sin gran trabajo,—hermosa ley económica,—y sobre todo del saber sério, completamente sério, y cuanto más *trascendental* mejor; y los tales no son, en mi humilde opinion, aunque tan sérios, tan discretos que dejen de preferir los títulos que prometen mucho, y que huelen á estudio profundo y prolongado, de esos que requieren, para ser estudiados siquiera, la vida de un hombre. Este artículo no es producto, cómo el *Espíritu de las Leyes* de Montesquieu, por ejemplo, de las vigilias, reflexiones y observaciones de veinte años; es poco más que una improvisacion, un monton de notas, nacidas como por *sugestion*, con motivo de la lectura de varios documentos que van citados más adelante, y del recuerdo de otros análogos, leidos hace tiempo y que no tengo á la vista. Autores mucho más formales que yo no vacilan, dentro y fuera de España, en encabezar obras no mucho más completas ni de mucho más difícil desempeño que la presente con rótulos no menos preñados de promesas; y con la misma palabra que dá tono y falsa importancia al título de mis notas, se ha hecho parir muchos ratones á los más altos Himalayas. (1)

La *evolucion*, en efecto, ha sido estudiada en muchos de sus aspectos y aplicaciones; se la ha traido y llevado por todas partes, cogida por todos sus miembros y hasta por los cabellos; lo único que no creo que se haya estudiado es la evolucion en su aspecto cómico. Lo cómico de la evolucion no está en ella, sino en los que hablan de ella á troche y moche, sin saber con toda exactitud en qué consiste, cuales son sus leyes y si éstas se cumplen con tanta fidelidad como suponen los Spencer, los Hackel y tantos otros. Podrá suceder que al fin y al cabo, cuando los hombres sepan todavía mucho más que ahora, que ya saben tanto segun ellos, y se hayan descubierto medios de comunicacion que dejen tamañitos al telégrafo y al teléfono y al vapor y todas las aplicaciones de la electricidad al trasporte de grandes pesos, se descubra tambien que no hay tal evolucion, ó por lo menos que no es ni con mucho como nos la habiamos figurado; pero esto que podrá sonrojar á ciertos sábios, dejará tan frescos á los que hablando sin cesar de la evolucion no se la hubieran figurado de ninguna manera. Para los de esta clase es para los que he dado á mi artículo el título que lleva; mas no porque yo tenga pretensiones de burlarme del evolucionismo, ni mucho menos de profanarlo, dándolo por sabido y bien sabido, y metiéndolo, quieras que no, en el molde de mis particulares opiniones acerca de *los cambios de la crítica* que es de lo que ahora se trata, y como debiera llamarse el articulejo.

***

Uno de los rasgos que caracterizan lo que solemos llamar el espíritu moderno, es la *irreverencia*. Lo que pierda esta palabra ,al aplicarla en el sentido que quiero darle, de precision y acaso de exactitud, lo gana de valor *sintético*, porque abraza multitud de índices de la misma idea y del mismo sentimiento. Hace falta, para entender bien *mi* concepto de la irreverencia, segun aquí conviene tomar el vocablo á mala parte exclusivamente, y para creer que se ha tomado en un sentido indiferente, neutral, basta con pensar que no siempre lo que se ha reverenciado ha sido digno de que se reverenciase.

Por eso podria buscarse en tal sentimiento y tendencia del pensar y de la voluntad de los *modernos* el origen de muchos de los adelantos más positivos, y de otros por sí más dudosos; ó de nebulosa menos definible, que no suponen menos esfuerzos ni menos grandes y nobles energias. Mas, para muchos, la irreverencia, como quiera que sea, siempre revela alguna cualidad poco sensible en el irreverente. Tal vez otros sientan bien; tal vez sean más delicados que los demás por las impresiones morales; pero no hay que seguirlos, á lo menos por ahora, en tales delicadezas; hay que *estudiar* aqui la *irreverencia* como estudian ó curan el cuerpo vivo ó muerto el fisiólogo ó el cirujano; prescindiendo del dolor.

¿De dónde le viene este carácter distintivo á nuestro tiempo? ¿Porque somos *irreverentes*?

Aplicando uno de los procedimientos que Stuart Mill cree seguros para la induccion, recuérdese, si en los tiempos anteriores, de que la historia sabe algo, hay alguno que presente igual fenómeno general, existente. No, no hay ninguno; las *irreverencias* de que nos habla la historia siempre fueron parciales, de particular responsabilidad, no con espíritu general, y sobre todo no se refirieron al elemento de idealidad reflexiva á que se refiere principalmente la *irreverencia* de nuestra *civilizacion moderna*. Ante todo no hay que confundir la rebelion ni la protesta con la *irreverencia*. El mito satánico es de rebeldía, el de Cain tambien, por más que en los poetas *irreverentes* contemporáneos, este tipo, tantas veces removido y considerado, se trasforma, se le acerca á Prometeo, tambien algo trasfigurado en el sentido de la irreverencia. Aquiles es franca y llanamente simbolo de irreverencia, como lo es en su dia el Cid, tal como aparece en cierta leyenda poética, como se lo figuran y pintan los poetas modernos y los estéticos y críticos: ejemplos, el Cid de Victor Hugo y el Cid de Hegel. Tambien puede verse un *irreverentismo* parcial en el trabajo de elegante corrupcion intelectual de los sofistas griegos; y á su modo la vida cristiana, al vencer en Occidente, supone en algunos de sus elementos, el lado de otras muchas energías de accion y de pasion, algunas sublimes, cierta *irreverencia* respecto del mundo antiguo. Este último ejemplo es el que más se acerca por sus caracteres de genialidad y por la índole de su causa, á lo que se observa en nuestros tiempos. No en Jesús, pero sí ya en algunos de los Apóstoles, en San Pablo, con más claridad y fuerza que en todos, puede verse esa nota de irreverencia, que raya en desprecio, hace tabla rasa de toda tradicion espiritual de la vida humana, y pretende una trasformacion completa, como si fuese el mundo obra de los hombres, y ellos pudieran borrar lo vivido y empezar de nuevo. La causa principal de este desprecio, de este ánimo irreverente está en la esperanza de la *vida eterna*, en la oposicion radical de la obra histórica humana, que se da por perdida sin remedio, y la obra de la Gracia, la obra del Redentor, que ha de volver para implantar el reino de Dios en la plenitud de los tiempos. En la vida moderna, como se verá en adelante más detenidamente, la causa principal del desden, ó mejor, sin buscar sinonimias lejanas siquiera, de la irreverencia, no está en una oposicion radical, absoluta de tiempos á tiempos, sino en la idea del *progreso*, providencial ó determinante, plan divino ó evolucion ó *casualidad* absurda, con caracteres de civilizacion, para bien ó para mal, útil ó inútil, prueba del optimismo, ó ilusion últrma, sarcasmo supremo del pesimismo; pero progreso reconocido y sentido y confesado explícita ó implícitamente por casi todos; progreso aun para los que le niegan este nombre; pero en suma, cambio que supone desarrollo de facultades, perfeccionamiento de aptitudes, mediante el hábito, necesario aumento de relaciones cada dia más complejas, y refinamiento de la vida en la mayor parte de sus funciones. Más estos señalados con las mismas semejanzas entre la revolucion cristiana, respecto de la vida anterior de Occidente, y el moderno espíritu general respecto de todo tiempo ya vivido, por cercano que sea. Porque si en el cristianismo habia, como ahora, una distincion de lo pasado á lo futuro, causa de la superioridad atribuida á la *vida nueva*, era esta diferencia *revolucionaria*, de carácter sobrenatural, influencia divina directa, y al fin, causa parcial histórica; para algunos hasta de raza privilegiada (Santiago, y toda la tendencia del cristianismo enemigos del prejuicio), mientras que la tendencia análoga de que se trata en el mundo moderno, no es patrimonio de una religion, ni partido social, ni escuela, ni raza, ni pueblo, ni se funda en un hecho determinado, en una palingenesia espiritual, sino que es implícito reconocimiento, casi universal de un movimiento casi uniforme, fatal ó providencial, segun las ideas de cada uno, pero evidente, que nos lleva al bien ó al mal, ó á lo indiferente, pero que nos lleva en complicacion, que aumenta de fuerzas y habilidades. Aun los que opinan que el mundo corre á su perdicion, afirman que nuestra cultura es *refinada*, que los adelantos *materiales* son evidentes, que se llegará á mucho mas en el dominio de la naturaleza, en el descubrimiento y empleo de sus fuerzas y recursos, etc. A esto que, por ser el nombre más general y solo y por hombres discutido, puede llamarse el progreso á la fé en el progreso, se debe la causa de ese espíritu de irreverencia, no siempre reflexivo, como tampoco lo es la ciencia de esa fé en el adelanto. En efecto, en las demás épocas en que aun observamos esa tendencia á no *reverenciar* lo pasado tan generalizada é influyente en la vida; tampoco vemos la idea del progreso, tal como en general se entiende y es universalmente admitida.

Concretándonos á la vida de libertad reflexiva, con aplicacion á lo especulativo, para llegar cuanto ántes á mi asunto particular, la crítica, y en esta á la de arte, y dentro de esta á la histórica, la mejor manera de comprobar lo afirmado, seria recordar como escriben y hablan y piensan, y con qué espíritu, aquellos mismos que representan lo tradicional, y el estancamiento.

El orgullo de ser modernos, de poseer la herencia acumulada de muchas generaciones de pensamiento y de experiencia, resaltan en aquellos mismos que reniegan de los pasos que da el mundo; es más, entre los escritores de esta clase puede encontrarse á los más paradógicos ó hiperbólicos, á los más atrevidos y desdeñosos de la celebridad... contraria á sus ideas ó caprichos. Los Demaistre, los Veuillot (bajando tanto) los Valdegamas, los Barbey D'Aurevilly, jamás se mordieron la lengua para hacer tabla rasa de cuanto, existe (1) con gloriosa historia, si se oponia á su pensamiento, y este tono de superioridad, esta facilidad para diagnostica, contra lo más venerado y creido por otros no venia, ni vino á los pensadores de que trato, de la conviccion fortísima de su doctrina, pero esta la tuvieron aun con superior firmeza, antiguos partidarios de las mismas ideas, que con más fé que ellos, no eran tan absolutos y extremados tan audaces y displicentes con los adversarios y menos debian al tiempo y á la fama una autoridad arraigada y admitida por muchos.

CLARIN

(1) Escrito lo anterior, recuerdo que la introduccion de una crítica científica del malogrado Hennequin, lleva precisamente el mismo título que este artículo. No necesito advertir que no aludo en el texto al crítico francés que ya no vive y que tanto prometia.

(1) Véaso de este último un *irreverentísimo* estudio ácercá de los filósofos de las épocas moderna y contemporánea.

DOLORAS

(INÉDITAS)

SINTOMAS

Al ver hoy tan erguido,
al galan que vió ayer tan humillado,
el mundo ha conocido
que llegó para ella el bien perdido
llegando para él el bien logrado.

FLORES DE CIENO

Todavia, perjura,
mi corazon se goza en la amargura
de tus falsos amores,
como una sepultura
que, con restos de un muerto, cria flores.

R. DE CAMPOAMOR.

PELOTARIS CÉLEBRES. (1)

ELICEGUI.

Escribo estas líneas el 19 de Setiembre de 1888, pocas horas despues de haber asistido á una ceremonia que Vicente Elícegui no olvidará jamás.

El famoso jugador de pelota acaba de ganar el partido más importante de toda su vida. ¡Se ha casado!

Su mano derecha, esa mano atlética, formidable, que convierte la cesta en un ariete y lanza la pelota con inaudito vigor, ha estrechado, trémula y nerviosas la de Felisa Arteche, preciosa criatura de veintiun años.

Unidas ambas diestras, enorme y carnosa la una; fina, blanca y delicada la otra, se han apretado febrilmente.

La ruda corteza del coloso, ha vibrado al contácto de aquel átomo de

2009 Ministerio de Cultura

carne inmaculada, y los lábios del pelotari han balbuceado un «Sí, señor,» imperceptible, contestando á las preguntas del sacerdote.

Mardura, Samperio, el Vergarés, tres compañeros de Vicente, tan pronto amigos como adversarios en las luchas del fronton, seguian atentos los detalles del desposorio.

Mardura sonreia maliciosamente; su cuerpo puntiagudo que tiene en la plaza las ondulaciones y los dislocamientos de una lombriz, se mantenia erguido y seco como una esquina, mientras sus furtivas miradas á los concurrentes subrayaban un mundo de picarescos comentarios.

Samperio el diplomático, el amigo fiel que ha llevado el peso de las negociaciones amorosas, estableciendo un puente entre las timideces de Elícegui y los pudores de la novia, asistia al acto solemne, con la seriedad satisfecha de quien ha repicado en el sermon.

Y el Vergarés, grande, fornido, deslabazado, casado tambien él, desde hace cinco meses, abria unos ojos espantados, los paseaba aburridos por todas partes, y falto de asiento, se dejaba caer en el confesonario de la capilla, donde encallaba como un gabarron.

Un cura jóven, D. José Zapiraín, amigo cariñoso de Vicente, se estrenaba en la administracion del Sacramento. Otro sacerdote, ducho en la materia, amable é ilustrado, guiaba al oficiante, señalábale las oraciones que habia de leer y dirigia la ceremonia con holguras de maestro consumado.

Amigos de los novios y parientes ocupaban sus lugares en la capilla, que una claridad opaca, producida por la niebla del exterior, envolvia en un ambiente de melancólico recogimiento.

Y frontero al altar se erguia en el grupo formado por los novios, el padrino, la madrina y un testigo pecador, la figura de Vicente Elícegui.

¡Qué diferencia en el breve trascurso de un año!

Aquel admirable ejemplar de la raza euskara, aquel atleta del *sport* guipuzcoano, con formas hercúleas de gladiador y cabeza chica de estátua griega, se habia trasformado enteramente.

Elícegui lucia un *completo* traje negro de pantalon, chaleco y chaqué; fina corbata blanca de raso se anudaba en el cuello de la camisa, un cuello alto, estirado, rígido, que le hacia tener la cabeza levantada, como en violenta opresion.

La estatura colosal del pelotari, sus atléticas formas se destacaban en el fondo gris de la capilla, como una columna de músculos y carne, cuyos estremecimientos se adivinaban á través de la vestidura.

Y encima de toda aquella materia, encima de aquel vigor físico imponente, descansaba una cara de niño, brillaba una mirada cándida, inocente, infantil, iluminando con aureola de sencillez conmovedora al Hércules del fronton.

Cuando Elícegui apareció en Jaialai, la figura del famoso pelotari oscureció á las de todos sus competidores.

Grande, inmenso, colosal, *bâti en Hercule*, como dicen los franceses, su estatura convertia en pigmeos á cuantos le rodeaban y alzábase poderosa y absorvente, reveladora de fuerzas invencibles, de irresistibles empujes y de continuados triunfos.

Habia en aquel torso marmóreo, en aquel biceps redondo, abultado y musculoso, duro como la piedra y blanco como la nieve, habia en aquel pecho descomunal, cuyas carnosidades amotinadas señalaban la línea de un seno femenino, habia en aquella exhuberancia, en aquella prodigalidad de la naturaleza, tal carácter de vigor intrínseco, tal huella de fortaleza inconsciente, que no parecia sino que la materia habia realizado un alarde orgulloso, una baladronada de potencia física, de empuje brutal.

Sí, habia mucho de brutal en el cuerpo de Elícegui, habia esa manifestacion de la fuerza innata, sin direccion ni método, que se esparce á borbotones, emancipada de la inteligencia, guiada tan solo por el instinto.

Pero la naturaleza, harta, sin duda, de la obra material, habiase refugiado en un detalle, para compensar, con las suavidades acumuladas allí, las asperezas de todo el conjunto.

El célebre pelotari mostraba, como contraste visible de su atlética conformacion, una cabeza pequeña y redonda, hecha de una pieza como quien dice, y abundante en cabello rubio y rizoso.

Su fisonomía imberbe, sus lábios gruesos y mal unidos, algo caido el inferior, como signo de bondad y fortaleza, sus ojos azules, húmedos y entreabiertos, con rubores de doncella, y expresion mística de catecúmeno, la carnacion sonrosada de la faz, las vibraciones de una juventud sana y vigorosa, cuyos arrebatos se dulcificaban al contacto de innatas timideces, toda esa mezcla de hirviente sangre y de natural y adorable continencia, daba á la cara de Vicente Elícegui aires de San Luis de Gonzaga estampado en Epinal.

Entre el despilfarro de fuerzas de su cuerpo de jigante y las dulzuras de una cara de niño sin pecar, existia contraste marcadísimo, y si el cuerpo se movia con las pesadeces de una mole, la fisonomía, en cambio, se destacaba siempre, como iluminada por un nimbo de mansedumbre y de bondad.

Tenia Elícegui muchos detractores. Aquellos á quienes las victorias del pelotari molestaban, aquellos que veian surgir de pronto una barredera de ídolos, hacian presa en la hercúlea constitucion de Vicente, negábanle todas las condiciones de entendimiento, de ingenio y de astucia que las luchas del fronton requieren, y, dando á la torpeza y á la ignorancia la parte de la nobleza y de la bondad, encerraban el valor del pelotari en el único y exclusivo poder de su imponderable brazo.

El brazo, y nada más que el brazo, la fuerza y nada más que la fuerza, la fuerza material, la fuerza brutal, que gana sin pelear y asombra sin convencer; no veian otra cosa.

Para ellos, Elícegui era Milon de Crotona, Goliath ó Briareo; miraban al cuerpo, la cara pasaba inadvertida, aquella cara dulce y noble, destinada é encauzar mañana los arrebatos de la materia y que traia á la mente como un dejo del *Giuocatore di pallone* de Leopardi.

El pelotari se fué á Buenos Aires y volvió de allí á los ocho meses.

Era otro y era él mismo; lo habian barnizado, lo habian adornado, habian hecho de él un *señorito*.

La americana habia reemplazado á la chaqueta, el sombrero á la boina. Elícegui lucia sortijas en los dedos, llevaba camisa con tirilla y corbata de nudo con alfiler de brillantes.

El moceton lampiño ostentaba ya barba flamenca, rizada y blonda como el cabello, que afinaba los lábios y encuadraba la cara coquetamente, introduciendo en aquel semblante fino y sonrosado una especie de armonía viril.

Habia más; el aldeano inculto que se resistia ayer á balbucear un castellano imposible, hablaba exótico idioma en el cual las contorsiones de una sintaxis desquiciada alternaban con sustantivos y adjetivos de pura cepa bonaerense, pronunciados con melosa entonacion y acento un si es no es afeminado.

Pero ese ropaje moderno venia ancho al famoso pelotari, no habia hecho mella en lo interior.

El cuerpo se habia enmascarado; no así el alma. El San Luis de Gonzaga de Epinal subsistia en toda su pureza y á través del sombrero, de los brillantes, de las tirillas y de la barba, la espresion dulce y tímida de los ojos elevaba su protesta, dando á entender que la inocencia y el candor ingénitos vestian todavia la boina y la chaqueta.

Así estaba Elícegui el dia de su boda en la iglesia parroquial de Azpeitia, ante el altar, donde unió para siempre sus destinos á los de Felisa Arteche, la adorable niña, que manda hoy en el corazon del célebre pelotari.

Cuerpo de jigante y cara de niño; tal es el hombre y tal el jugador.

Por un lado el vigor material, avasallador, irresistible, por otro lado la timidez innata el candor infantil.

El arte de Elícegui se resume en dos palabras: fuerza y nobleza; fuerza y nobleza de un coloso de veintidos años, cuya grandeza desconoce los ardides de la astucia, las sugestiones de la artería, todo lo que representa, en fin, lo pequeño, aunque lo pequeño, en el fronton sea necesario á veces y á veces tambien indispensable.

Jugador delantero, valiente, decidido, enérgico y poderoso, la fuerza de su bolea es irresistible; cubre la plaza hasta los diez y once cuadros, y entra desde ellos al aire, con un aplomo y un vigor que asombran.

El revés, los sotamanos, las boleas altas y bajas, el sobrebrazo, las dos paredes, las cortadas, todo lo posee y todo lo domina.

Su vista encuentra la pelota en esos tremendos saques del Manco y de Portal que tienen la violencia de un disparo; y, como Beloqui, espera esos saques, entrando á la bolea en el cuarto cuadro, medio arrodillado en el suelo y con el brazo pegado á la pared.

Proteo de la pelota abarca todas sus dificultades; pero; ya lo he dicho, hace poco, el juego de Elícegui es refractario en general al arte de las escaramuzas, desconoce las sutilezas de la estrategia y se desarrolla siempre con grandeza, poderío y majestad, reñidas con el ardid y la travesura.

Ligerísimo de piernas, á pesar de su estatura extraordinaria, acude al sitio del compromiso con gran agilidad, se lanza temerario muchas veces á alcanzar pelotas que pone fuera de su cesta el adversario, y, tremendo, formidable, nunca cansado, siempre fresco y lleno de vigor, vence á todos, por poco equilibrada que esté la habilidad de los demás jugadores, con el poder de un brazo, que castiga la pelota despiadadamente, una y otra vez, con la desesperante insistencia, con el aplomo y la precision automáticos de una máquina de carne y hueso.

Su juego es siempre grande, noble y elegante; la armonía del cuerpo se mantiene á despecho de las más violentas posturas; su busto se yergue en la bolea con la imponente grandeza de un titan y adquiere en las jugadas de revés ondulaciones dignas del cincel de un Fidias.

Antes de encestar una pelota, la mano derecha gira en airoso semicírculo, hasta tocar con la punta de la cesta los dedos de la otra mano, y este movimiento pausado y regular imprime á todo el cuerpo elegancia y distincion notables.

Ni la fortuna le engrie, ni le descomponen los reveses; cuando gana calla, si pierde se resigna.

Desigual en ocasiones, como todos, es tambien jugador de arranques admirables, de terribles empujes, en los cuales, sin descomponerse el cuerpo, la fuerza se centuplica, la materia se crece, abre el regulador la máquina y lo barre todo, como un vendabal, como una inundacion.

Nada puede dar idea en esos momentos de la grandeza de Vicente Elícegui, de la correccion que ostenta su juego en medio de su impetuosidad arrebatadora, de aquel conjunto de poder, de distincion y de nobleza, que no tiene pareja ni admite rival en los frontones.

El año pasado, jugaba un partido en Buenos Aires. Llevábanle gran ventaja los contrarios y en uno de esos arranques suyos, habia logrado acortarla considerablemente.

Gruesas sumas se habian cruzado por uno y otro bando, la lucha se enardecia por momentos y le faltaban ya pocos tantos á Elícegui para igualar el partido, cuando de pronto, en las violentísimas peripecias, en el vertiginoso vaiven de un quince disputadísimo, Vicente estorbó á su adversario,

Pidió el estorbado jueces y levantáronse estos para juzgar el incidente; pero, adelantándose Elícegui á los árbitros declaró que habia estorbado la pelota y no ganó, por ende, el tanto.

Una inmensa aclamacion en que se unieron los que jugaban en pro y en contra del pelotari, resonó en la Cancha y premió aquel rasgo admirable de nobleza y de caballerosidad que retrata al gran jugador, de cuerpo entero.

Grande y noble en su juego, tímido y sencillo en su trato, tal es y será siempre el famoso pelotari.

Si sus compañeros no le vencen en el fronton, en cambio, fuera de él, lo dominan por completo, haciéndolo blanco preferente de todas las cuchufletas, porque su inmensa bondad lo perdona todo.

Mardura, Beloqui, Samperio, el Manco, todos juegan con él como con un niño, explotan su timidez, le lanzan acerados dardos que atacan á veces á creencias arraigadas, y el que un momento ántes era enemigo formidable que los arrollaba y vencia á todos, se convierte en el ser inocente y ruboroso, incapaz de adivinar la sátira, ni de echar á mala parte las bromas del compañero.

En cierta ocasion, sin embargo, cuentan que un pelotari de órden secundario hubo de amenazar á Elícegui y hasta hacer ademan de darle un golpe.

Elícegui cogió sencillamente al gozque por el cuerpo, lo levantó en alto, lo sacudió primero, lo balanceó dulcemente despues, dirigióse riendo á los que presenciaban la escena, y diciendo «¿A donde lo tiro?» lo volvió á dejar en el suelo, como quien deja una maleta.

Unido ya para siempre á una niña encantadora, Elícegui ha salido para Barcelona hoy mismo.

Hemos venido juntos desde Azpeitia hasta Zumarraga, juntos hemos recorrido el camino que serpentea entre los montes de Irimo, Elósua y Pagocheta, con las cimas de Descarga al lado opuesto y las aguas del Urola que corren mansas y pobres al pié de la carretera.

Mardura y Samperio han venido tambien y con ellos el padrino de la boda, unido á Elícegui por vínculos de amistad que la gratitud y el afecto del pelotari han hecho indestructibles.

Quien ha apadrinado el enlace de Elícegui con Felisa Artecha, lleva mis apellidos paterno y materno y es otro yo por parentesco y por cariño.

Por eso indudablemente me han atribuido los periódicos un papel que no he representado, me han hecho padrino de Vicente, cuando no he sido en realidad, sino testigo de su boda.

Honrado con la solícita invitacion del pelotari, admirador y amigo suyo, no conocia á Felisa Arteche, no conocia á aquella cuya mano estreché por vez primera, momentos antes de verla unida para siempre á la del gran jugador.

A Felisa Arteche dedico, pues, este trabajo. Ella que es todo bondad, todo candor, no verá en mi pobre obsequio el regalo del testigo, sino el gratísimo recuerdo de un dia que ni ella ni yo olvidaremos nunca.

A. PEÑA Y GOÑI.

San Sebastian y Diciembre á 19 de 1888.

(1) De la obra en preparacion «*La pelota y los pelotaris.*»

DESDE EL BOULEVARD

Francia acaba de erigir una estátua al gran poeta Lamartine.

En Macon, en el corazon de la generosa tierra de Borgoña, se alza, mirando al cielo, la figura del sublime escritor francés. Su pátria le ha hecho justicia y el Estado se ha asociado, enviando un representante del gobierno á la inauguracion del monumento, á esta revancha del espíritu contra la materia.

Se ha gastado—y aun malgastado—tanto bronce, de cincuenta años á esta parte, en perpetuar el nombre y la figura de soldados y hombres políticos, que es verdaderamente consolador y digno de elogio cada caso en que la generacion presente consagra en forma sólida y tangible la gloria de un poeta, de un sábio ó de un artista, cuya figura y nombre se elevaban ya á la inmortalidad sobre el pedestal de sus obras ó de sus descubrimientos, cien veces más sólido que los más fuertes bronces y los más duros mármoles.

Cuando realiza uno de estos actos, la humanidad no honra al sábio, al artista ó al poeta, se honra á sí misma.

El político y el soldado perecerian casi siempre en la memoria de las gentes si sus contemporáneos ó sus partidarios no se ocuparan de reunir unos cuantos miles de reales alrededor de su tumba ó de su última derrota ministerial, para recordar á la posteridad olvidadiza que hubo un general que aniquiló un pueblo vecino ó ametralló unos millares de compatriotas que no pensaban como él, ó un primer ministro que manejó el tablero de la política con más habilidad ó más suerte que sus coetáneos.

Porque, no hay para qué decir que los héroes indiscutibles, como los estadistas que han puesto en la gran obra del progreso humano uno de sus más robustos pilares, se han erigido por su esfuerzo propio un monumento imperecedero, como los otros. Han sido los artistas del valor, los sábios del poder.

Pero, en general, hay que convenir en que la posteridad es justa, y aceptar la teoría que con una simple frase nos dá hecha el canciller Kalnoky.

Un gran diplomático extranjero le hacía observaciones sobre su excesiva proteccion á Munkazi, una de las glorias de la pintura contemporánea, sorprendido de que tan gran político perdiera el tiempo ocupándose en artes.

—Se lo esplicaré á usted, querido colega—replicó Kalnoky,—pero ántes permítame usted una pregunta: ¿Quién era primer ministro en tiempo de Rafael?

El diplomático, hombre erudito por cierto, confesó que lo ignoraba.

—Ya lo vé usted. Más fácil es que un gran artista legue un nombre glorioso á su pátria, que nosotros, pobres políticos, firmando alianzas para sostener la paz sobre puntas de bayonetas.

No han faltado espíritus estrechos que se hayan querido oponer á que Francia honre al autor de las *Meditaciones*. Su misma ciudad natal en lugar de sentirse orgullosa ha opuesto algunas dificultades.

¿Por qué?

¡Lamartine tenia deudas! Habia vivido como poeta, llegaron al fin de su vida dificultades pecuniarias que entonces no se supieron perdonar y que por lo visto algunos no han perdonado aún.

Por tan pequeñas causas se han temido protestas en Macon—que felizmente no ha habido—y este temor ha hecho desistir á Mr. Carnot de consagrar con su presencia la representacion del Estado en las fiestas de Lamartine y en lugar de ir ha enviado al coronel Chamoin.

¡Las deudas obstáculo para erigir un monumento!

Si esa teoría prevaleciera, en España habria que perder la esperanza de ver una estátua en toda la Península.

***

Pocas *premiéres* han despertado tanta curiosidad é interés como el estreno de *Cleopatra*, drama de V. Sardou y E. Moreau, y aun dicen que de otro colaborador anónimo que goza de gran consideracion en los círculos dramáticos.

Y en verdad que aparte del reclamo que de la obra se ha hecho, habia motivos para tal curiosidad.

Obra escrita para Sarah Bernardt por el más hábil autor dramático francés, que á la justa fama de dramaturgo une la no menos justa de conocedor sin igual de los resortes del efectismo y de incomparable *metteur en scéne*. Un personaje que se prestaba á una de esas *creaciones* de verdadera *sensacion* de que Sarah nos ha dado muestra principalmente en las últimas obras del mismo género y del mismo autor, *Teodora* y la *Tosca*. Un director como Mr. Duquesnel, que sabe como nadie presentar estos espectáculos, con tal lujo de verdad histórica que toman las proporciones de verdaderas reconstituciones arqueológicas, y el anuncio de que este director y tal autor y tamaña actriz se iban á *achicar á sí mismos* al presentar al público la interesante heroina que supo hacer perder á Marco Antonio el imperio del mundo; todos estos elementos, con más el aliciente de que Sarah abrigaba en su pecho desde hace dos meses la víbora viva que la había de matar al fin del drama, eran motivos sobrados para excitar la curiosidad de público tan curioso como este.

A 500 francos llegaron á pagarse las butacas para el estreno, y á 1000 francos se pagaron los palcos.

Y esta curiosidad no solo habia invadido á París, sino que, extendiéndose por toda Francia, saltó las fronteras, y, no ya solo en periódicos de España, como mis lectores habrán visto, sino en los de toda Europa se ha hablado durante la pasada semana de la *Cleopatra* de Sardou.

Si yo fuera á hacer aquí una descripcion de la obra, analizando el drama, procurando dar una idea de cómo la actriz ha interpretado tan interesante y difícil personaje, y deteniéndome á describir los efectos escénicos con que el director del teatro de la Puerta de San Martin ha deslumbrado la vista de los espectadores, á buen seguro que ocuparia doble espacio del que razonablemente puede ocupar esta crónica.

Tengo, pues, que dar en resúmen mi impresion de este estreno, y la voy á dar en dos palabras:

Un fiasco y un éxito.

Un fiasco que dará más de cien representaciones, un dineral á la empresa del teatro y otro dineral á los autores. Como seguramente unos y otro se proponian esto en primer lugar, sus propósitos por este lado son un éxito.

Para la actriz, la obra ha sido motivo de demostrar una vez más que no se puede tener más talento que Sarah Bernardt. El tercer acto de *Cleopatra*, que casi pudiéramos llamar monólogo, deja de la artista una impresion de esas que es difícil borrar. Por este lado sigue el éxito.

Para el director no puede haber más que aplausos. No se puede hacer más ni mejor. Decoraciones preciosas, trajes lujosos y de una verdad indiscutible: la nave en que se presenta *Cleopatra* en el primer acto es una verdadera maravilla y se ajusta con la más escrupulosa verdad á las descripciones clásicas. Exito para el director, para los pintores, para el sastre y para las bailarinas y los comparsas.

El *aspid de veras* ha despertado de tal manera el interés del público, que los espectadores han prestado más atencion á su modo de deslizarse por el cuello de Sarah y ocultarse luego en su pecho, bajo los pliegues de la túnica, que á la hermosa y artística muerte de *Cleopatra*. Luchar con Sarah Bernardt en una situacion trágica y apoderarse del interés del público, ¿puede pedirse mayor éxito para el *bichito?*

Pues ¿dónde está el fiasco?, dirán mis lectores.

En el drama.

Sea la preocupacion excesiva de la *mise en scene*, sea el haberse querido ajustar demasiado á la verdad histórica, sea lo que fuere—que no es mi propósito tomar ó darme yo mismo la alternativa de crítico,—el drama no interesa, el drama no parece. Todo el interés del espectador se concentra en el tercer acto; y allí se han concentrado tambien las verdaderas bellezas de situacion y de forma. Antes y despues de ese acto sólo se recrea la vista; el espíritu está ocioso, y nada aburre tanto como la ociosidad. El fiasco es, pues, para el drama y para el dramaturgo.

Sardou ha leido el sábado al comité del teatro francés su drama *Thermidor*, que será uno de los acontecimientos literarios del año.

El hombre *du metier* ha trabajado en *Cleopatra* por el dinero. Seguramente el académico y el autor dramático habrán trabajado en *Thermidor* por la gloria. Y si Sardou ha acertado en *Thermidor*, como suele, tendrá gloria y dinero; miel sobre hojuelas

***

Los demás teatros de París continúan preparando las novedades de la temporada ó explotando las estrenadas con mayor ó menor fortuna.

El Gymnase, cuyo director sabe como nadie hacer alcanzar á obras que, en otro teatro pasarian punto menos que inadvertidas, centenares de representaciones, y que siempre reune en su *troupe* las actrices más bonitas de Paris y las que imponen la moda con sus lujosas *toilettes*, sigue llenándose todas las noches con *El arte de engañar á las mujeres*, comedia que toca en los límites del género bufo y que, sin un actor tan finamente cómico como Noblet, hubiera naufragado, á pesar de ofrecer el atractivo de ofrecernos á Margarita Ugalde, la *estrella* de opereta trasformada en actriz de *vaudeville*.

El Palais-Royal, fiel al género que allí suele cultivarse, nos ha dado *Las mujeres de los amigos*—¡que ya es dar!—y cuyo solo título me escusa de indicar lo escabroso del asunto y de las situaciones.

El Vaudeville con el estreno y el éxito del *Diputado Leveau*, comedia de Lemaitre, uno de los más estimados críticos parisienses, ha puesto sobre el tapete la difícil cuestion de si los críticos deben ó no escribir para el teatro.

Realmente, cuando se hacen comedias como el *Diputado Leveau* y críticas como las que suele escribir Lemaitre, la cuestion está resuelta.

Pero el teatro es un terreno en que todavía no se ha dado el caso de infa-

2009 Ministerio de Cultura

libilidad. El dia en que el crítico-autor se equivoque, ha perdido toda su autoridad para juzgar á los demás. Entónces, lealmente debe dejar la crítica para seguir escribiendo comedias; un juez que ha faltado no puede ya ser justo; ó será escesivamente indulgente ó apasionadamente severo.

Por eso los que han sido muy frecuentemente silbados son siempre los críticos más despiadados; les pasa lo que á los viejos que no se conforman con haber perdido la gracia y las fuerzas juveniles, todos los actos de los jóvenes les parecen censurables é imperdonables.

***

Al paso que vamos, no está lejano el tiempo en que se compre todo mecánicamente y se puedan suprimir los criados. Esos *enemigos pagados*, como hay quien los llama, con más ó ménos razon, porque si no faltan en todas partes Higinias y Claudias, tambien se dan casos como el que recientemente se ha presentado en Rouen, donde el premio mayor de 250000 francos de los bonos de Panamá ha tocado en suerte á dos criados, marido y mujer, que llevaban diecinueve años sirviendo á los mismos amos, sin que éstos hubieran tenido queja de ellos un solo dia.

El caso es bastante notable para consignarlo y reconocer que la Fortuna al otorgarles sus dones no ha sido tan ciega como la pintan.

Pero hay algo más notable aún, y es que, al felicitar sus amos á estas moscas blancas del servicio, expresáronles lo que les preocupaba el encontrar servidores que pudieran reemplazarles.

—No se apuren ustedes,—respondió sencillamente el honrado sirviente—ni mi mujer ni yo podemos olvidar lo buenos que han sido ustedes con nosotros durante diecinueve años. Hasta que encuentren otros, yo seguiré llenando mis funciones de ayuda de cámara y mi mujer las de cocinera. Y tómense el tiempo que necesiten; lo mismo que sea un mes, como si fuese un año.

Creo que lo mejor que podrán hacer esos señores será ponerse á servir á sus antiguos criados, hoy cuatro veces más ricos que ellos. Les será más fácil que hallar otros que los reemplacen dignamente.

Si es que no se sirven solos, porque como decia, las máquinas nos van haciendo inútil todo servicio personal.

A cada paso encontramos por esas calles columnas en las cuales, metiendo una moneda, sirven un frasco de perfumes, papel de fumar, periódicos, dulces y hasta agua ó vino calientes y cerveza y refrescos.

En casi todos los teatros hay ya en las butacas un aparatito, del cual, echando medio franco, sale un par de gemelos para toda la representacion.

Las casas modernas, con sus grifos de agua fria y caliente, sus botones para luz eléctrica ó gas, su teléfono, sus chimeneas de gas y otros mil servicios, van haciendo inútil el tener criados.

Pero los americanos han llegado á más.

En Boston se han establecido por las calles unas columnas en las cuales dice:

«Eche usted diez céntimos y le guardaré el caballo.»

Se echa la moneda y en seguida asoman dos manos de hierro, en las cuales se ponen las riendas, que aquellos dedos sujetan fuertemente.

Al volver, el letrero ha cambiado, y dice:

«Eche usted veinte céntimos y soltaré el caballo.»

Parece que á pesar de la segunda parte, este ingenioso *sacadineros* es muy apreciado por los corredores de comercio de Boston, cuya mayoría recorre la plaza á caballo.

Este sistema de la venta automática me recuerda lo que habia discurrido un comerciante de féria de los arrabales de París.

Para atraer al público á una exhibicion de vistas cosmorámicas, se le habia ocurrido poner el cristal de aumento en el pecho de un enorme muñeco, sobre cuyo ojo derecho, hendido por una estrecha abertura, se leia:

«¡Métame usted diez céntimos en el ojo y verá usted!.....»

El negocio no le resultó.

El público tomó el letrero por una broma pesada y temia no volver á ver los diez céntimos y recibir un cachete del muñeco.

R. BLASCO.

París 31 octubre 1890.

CARTA SEMANAL DE LONDRES

Una indemnizacion matrimonial.—Sarasate en Londres.—Opera italiana.—La generala Booth y el Ejército de Salvacion.—Un suegro chasqueado.—La corte y Gladstone.—Stanley doctor en leyes.

Mi querido director: Pocos asuntos ofrece la actualidad política, por estar todo el interés concentrado en la fuga de los diputados irlandeses O'Brien y Dillon, asunto de que el telégrafo y la prensa han dado extensa cuenta

En el orden judicial sigue despertando cada dia mayor curiosidad el proceso entablado contra el propietario del famoso periódico casamentero *Matrimonial News*, mister Leslic Trazer Duncan, por miss Glays Knowoles, joven hermosísima de veintiun años, perfectamente educada, sobrina de un almirante de la armada inglesa y huérfana de padre; pero pobre, á pesar de todas sus bellas cualidades.

Las del viejo sexagenario Duncan no eran, ciertamente, belleza, juventud y sentimientos levantados, sino meramente estar bien conservado para su edad y poseer el periódico que le producia, el año que ménos, 1500 libras, y el que más 3000, otras 10000 en valores del Estado, varias casas en Londres y una magnífica quinta.

Por estos méritos habia conseguido ser aceptado como novio de la joven; pero á última hora el viejo se descubrió: se vió que era un zorro viejo, un libertino que habia seducido cuatro ó cinco jóvenes, apelando á deslumbrarlas con la oferta del matrimonio, abandonándolas, despues de no casarse, con el fruto de sus amores.

El viejo prometia mucho, eso sí, pero cumplia poco. ¡Dos mil libras para alfileres y una renta vitalicia, en caso de viudedad, de 4000 libras!

Pero miss Glays, nueva Lucrecia, ha vengado á las demás pobres seducidas.

Entabló ésta contra Duncan su demanda por lo que aquí se llama *Breachof promise* (ruptura de palabra de casamiento), y el jurado ha sido tan espléndido, que ha condenado á Duncan á pagar una friolera: ¡Diez mil libras esterlinas de indemnizacion! ¡Un milloncito de reales!

***

Ya se ha verificado el primer concierto de los tres que Sarasate va á dar en Londres, en Saint-James 's Stall, este otoño. El segundo se verificará el 3 de noviembre, y el tercero el dia 5 de diciembre. Durante este tiempo hará una excursion por las principales poblaciones del reino unido hasta dar unos 20 conciertos más. Los que lleva dados hasta hoy se elevan á la respetable cantidad de 1044, y aún no ha cumplido Sarasate cincuenta años, ni los cumplirá hasta que trascurran cuatro mas. Para cuando llegue ese caso veremos maravillas en esta tierra, que es la tierra clásica del *jubileo*.

Volviendo al concierto último diré á usted que nuestro eminente compatriota alcanzó uno de sus habituales triunfos.

Despues de los conciertos de Bernard y Max-Bruch tocó una fantasía sobre la marcha y romanza del *Otello*, de Rossini, que produjo una verdadera explosion.

***

La *season* de otoño del teatro de ópera italiana que ha contratado nuestro compatriota el maestro Lago, se ha inaugurado bajo favorables auspicios. El teatro estaba lleno de bote en bote. En los palcos se veia mucha gente de la aristocracia.

A pesar de que la empresa ha abolido la costumbre de ser de rigor el frac y la corbata blanca para asistir á las butacas, han sido pocos los que han hecho uso de la autorizacion.

La ópera cantada ha sido *Aida*, y, segun la opinion general, lo ha sido como no se ha cantado mejor. La cantante Sofía Ravogli *(Aida)* y Julia Ravogli (Princesa Amneris), como artistas y como cantantes han rayado á gran altura. Otro dia hablaremos de ellas más despacio.

***

El entierro de la generala Booth, mujer del jefe del Ejército de Salvacion, ha sido uno de esos acontecimientos que es preciso haber presenciado para no creerlos exagerados. A pesar de lo desapacible del dia y de la densa niebla que envolvió á Lóndres á la hora de la ceremonia, desde las nueve de la mañana empezaron á reunirse en Blackfrias y el Embarkment gran número de curiosos y cuantos iban á tomar parte en el funeral. Oficiales de todas las graduaciones del Ejército Salvacionista de Lóndres y de todas las provincias del Reino Unido iban llegando en los trenes especiales destinados á venir á la ceremonia desde provincias. Las ventanas y tejados de las casas inmediatas al cuartel general del ejército estaban cuajadas de espectadores. La procesion constaba de 15 batallones, compuesto cada batallon de cuatro brigadas, por el órden siguiente: Los capitanes iban juntos con los tenientes y subtenientes, y las capitanas, inclusas las mujeres de los capitanes y las subtenientas. Los oficiales representando varios batallones de provincias ascendian á 4500, además de los delegados representando al ejército del Reino Unido, Australia, América, Sur de Africa, Francia, Bélgica, Suiza, Ceilán y otros varios puntos.

Rompian la marcha varios batallones de cadetes con jerseys encarnados, llevando las banderas arrolladas de los cien cuerpos del Estado mayor de la Gran Bretaña. Despues la vanguardia de los representantes extranjeros, con las banderas desplegadas de las diferentes naciones que ocupa el Ejército Salvacionista, y á éstos seguian los oficiales de la reforma social, enseñas de ámbos sexos, mujeres de los comisionados, colonistas, mayores y oficiales divisionistas.

El cortejo fúnebre iba detrás, presidido por el coronel Zliggins. En la cureña de cañon, en forma de carro fúnebre, que iba precedida por la banda militar, se habia colocado el sombrero y la Biblia que usaba en vida mistres Booth. Alrededor iban las banderas de todos los regimientos en que el ejército está establecido. Detrás iba el jefe y el comandante á caballo.

En el primer carruaje iba sentado el general Booth. El segundo carruaje iba ocupado por la mariscala y field comisario Mr. Booth Tucker (hija mayor del general, casada con Mr. Tucker), miss Lucy Botth y Mary Booth, hijas del general, y en el tercero mistres Bramwell Booth y Mr. Herbert Booth.

Seguian el comisario Booth Clibborn y el comandante Booth Tucker, á caballo.

El cuarto coche iba ocupado por el nieto mayor del general. En el pescante de este carruaje un oficial llevaba una bandera de los Estados Unidos, representados por el comandante y Mr. Ballington Booth, que no han tenido tiempo para llegar á la ceremonia por retraso al cruzar el Atlántico.

En el quinto carruaje iban las enfermeras y criados del jefe del ejército.

Acompañaban al cortejo fúnebre 15 bandas militares tocando un aire compuesto especialmente para la ceremonia por Mr. Herbert Booth.

El número de banderas ha sido extraordinario, con inscripciones tales como *Fué para nosotros una madre, Más que un conquistador*, etc.

La escena en la calle *Quen Victoria* fué de confusion indescriptible y escitacion. Los restos mortales de mistres Booth fueron llevados al cuartel internacional del ejército, que está situado en la dicha calle. La traslacion habia tenido lugar durante la noche y allí el general Booth y su familia se unieron á la procesion que habia partido desde el Embarkment, pocos cientos de yardas más allá.

Muchas de los bandas militares fueron arrolladas á gran distancia por el ímpetu de los espectadores.

Tan pronto como se colocó el féretro se restableció el órden y la generalidad de los espectadores se quitaron el sombrero.

El general Booth fué muy vitoreado por la multitud al subir al carruaje, seguido de Mrs. Bramwell Booth, el jefe, y el comandante Mr. Herbert Booth, á caballo.

Algunas escenas poco á propósito para un funeral escitaron la hilaridad de los espectadores que no eran del ejército. Nos referimos á la danza del tamboril, tocado por un árabe, vestido con jaique y turbante.

La afluencia de gente fue tal, que en la City, por ejemplo, se tuvo que suspender el tránsito de carruajes y gente de á pié durante el tránsito del cortejo.

La fosa estaba abierta en el centro de una plataforma espaciosa, alrededor de la cual se habia levantado una galería para la colocacion de los invitados por medio de billetes.

Alrededor del cerco, soldados del ejército salvacionista ocuparon el tiempo cantando.

Al llegar la procesion, el féretro fué llevado á la fosa por una comision elegida entre la oficialidad, seguida del general Booth y su familia.

Las bandas se colocaron à la derecha, fuera del círculo. Empezó el servicio fúnebre al son de trompeta. A una plegaria silenciosa siguió el canto de un himno «Rock of ages» (La roca de los siglos), varios coros y solos y la lectura por el general del oficio de difuntos de la Escritura.

En cuanto al general Booth, cuya reciente desgracia le ha proporcionado la oportunidad de hacer un alarde de su prestigio, ha logrado llamar poderosamente la atencion con su llamado manifiesto-programa.

Con un millon de libras tiene él bastante para operar la regeneracion de Inglaterra, limpiándola de pobres, de mendigos y hasta de borrachos, y á la verdad que si llega á *convencer al pueblo inglés que es capaz de hacerlo*, por rara que la cosa parezca, es seguro que tendrá su millon de libras.

La idea del general es comprar en los alrededores de Lóndres, cerca del Támesis, pero lejos de ciudades ó aldeas, *mil acres* (cada acre mide 8000 varas cuadradas) y establecer en ellas una colonia análoga á las que existen en el Far West de América. Los colonos edificarian sus propias viviendas y cultivarian los campos; los únicos salarios que habria que pagar serian los de los encargados de dirigir los primeros trabajos. Los beneficios de la explotacion ingresarian en la comunidad, cuyos miembros no podrian exigir más que su manutencion, habitacion y vestido. En cuanto alguno de entre ellos demostrase habilidad excepcional, se le enviaría á Ultramar para fundar colonias análogas.

El plan es vasto, pues alcanza á estender, agregando varios cuerpos, entre otros el de una brigada de las puertas de los presidios, para recoger á los licenciados que salen de ellos y darles trabajo. Hay algo tambien para redencion de las mujeres de mal vivir.

En fin, el bueno del general sabe herir mejor las fibras del pueblo en que vive, que el ex-famoso de la revancha, á quien los periódicos ingleses tratan ya sin piedad.

***

El noble lord Clancarty ha tenido el disgusto de que su primogénito, lord Dunlo, se case con una actriz llamada Belle Bilton, de quien se enamoró perdidamente.

El suegro juró demostrar que su oposicion era fundada, y para ello, desde el primer dia, sometió á su nuera á un espionaje minucioso, empleando agentes privados que noche y dia la celaban.

Durante el primer mes la actriz observó una conducta ejemplar; pero no así al segundo, que se quedó sola porque su marido tuvo que hacer un viaje á Australia por disposicion del padre, no pudiendo seguirle su mujer por tener que cumplir en un teatro donde estaba ajustada.

En cuanto lady Dunlo se quedó sola, empezó á coquetear con un agraciado joven; pero sus coqueterías fueron siempre meros galanteos delante de gente, porque nunca se veian de otro modo.

De la noche á la mañana la actriz desapareció de Londres, y el duque supo al dia siguiente, merced á un telegrama que le envió desde París un agente oficioso, que lady Dunlo y el joven en cuestion vivian en un mismo hotel.

La alegría del suegro no tuvo límites y, loco de contento, entabló á su nuera demanda de divorcio, acusándola, como era consiguiente, de adulterio.

Pero ¡cuál no sería el desencanto del duque al saber que el jurado no habia accedido á decretar el divorcio, por falta de pruebas!

Probó el duque que los amantes habian comido juntos; que ambos vivian en el mismo hotel, ¡hasta en el mismo piso! Pero ¡oh, dolor! La actriz habia tenido una idea feliz: la de tomar un cuarto para ella, y su pretendido amante otro cuarto para él.

No habian cometido la candidez de tantos otros que, al abandonar el hogar doméstico, pasean sus amores titulándose marido y mujer, y, por lo tanto, el jurado negó la peticion, condenando al pago de costas al suegro.

Una dama de la aristocracia inglesa, cuyo divorcio ha tenido lugar recientemente, dijo al saber el fallo del jurado:

—¡Parece mentira que una idea tan sencilla no se me ocurriese á mí! ¡Si las cosas pudieran hacerse dos veces, no estaría yo hoy divorciada! Otras aprovecharán la ingeniosa idea de lady Dunlo.

Para colmo de desventura del chasqueado suegro, su hijo ha vuelto á los brazos de su esposa más loco de amor que antes, al ver *purificada* á su adorada mitad con un veredicto de inculpabilidad.

***

Mientras el jefe liberal hace su excursion de propaganda para ganar elecciones parciales, en que luchan contra los liberales los conservadores, la corte de Balmoral se entretiene tranquilamente en organizar sus cuadros vivos, que es la pasion favorita de la princesa Beatriz. Uno de los últimos representados era el de lady Macbet. El duque de Clarence personificaba al desgraciado Duncan (el primitivo, no el del Matrimonial News), la princesa Victoria de Galles «una gran dama», y «un campo árabe», en que los protagonistas eran la princesa Beatriz y su marido.

***

Se ha celebrado la ceremonia de recibir el grado de doctor honorario en leyes que la Universidad de Cambridge ha concedido á Stanley. El famoso explorador ha alcanzado una inmensa ovacion.

Londres 28 octubre de 1890.

D. DE OYA.

ROMA

Su Santidad Leon XIII se encuentra en un estado de salud sumamente satisfactorio y aprovecha los hermosos dias de otoño en dar largos paseos por los jardines del Vaticano. Ya han regresado casi todos los prelados de la corte pontificia que salieron este verano de Roma en uso de licencia.

***

La *Gaceta Oficial* ha declarado disuelta la Cámara, marcando las fechas de 23 y 30 de noviembre para las nuevas elecciones generales. El Senado y la Cámara de diputados están convocados para su apertura en 10 de diciembre.

La batalla electoral ha de ser, sin duda, muy reñida en toda Italia. Asegúrase que en el Piamonte, Toscana, Venecia, Italia central y parte de la meridional triunfarán candidatos adictos. En las circunscripciones restantes del Mediodía acaso venzan las oposiciones guiadas por los Sres. Nicotera é Imbriani.

Empieza el período de discursos y profesiones de fe política.

***

Se ha inaugurado hace pocos dias un hilo telefónico entre Roma y Albano, que distan 32 kilómetros, ó sea un circuito de 64 kilómetros de corriente eléctrica.

Es la primera aplicacion que se ha hecho del telèfono á gran distancia. La voz se percibe clara y distintamente, y se trasmite la corriente por un hilo de bronce preparado con una combinacion fosfórica que da al alambre gran fuerza conductiva, impidiendo la influencia de otros hilos eléctricos.

Este experimento, practicado con gran éxito, hace concebir la esperanza de que, en fecha no muy lejana, el servicio telefónico sustituirá con ventaja al telegráfico y al postal, operando una gran transformacion en la prensa periódica.

***

El ministro de Instruccion pública ha visitado en Roma el estudio del célebre escultor Ansiglioni, con objeto de ver la grandiosa estátua de San Pablo, que por encargo del gobierno italiano se halla esculpiendo el mencionado artista. La efigie es de mármol de Carrara y de una talla colosal, pues mide más de cinco metros de altura. Será colocada en una hornacina de la nueva fachada de la iglesia de San Pablo, extramuros de Roma, cuyo templo ha sido declarado monumento nacional.

***

La opinion se halla tristemente impresionada con motivo de la pérdida del torpedero *Confienza*, por ser el primer barco de guerra italiano perdido en una borrasca.

Acerca de este desastre circulan varias versiones: unos creen que pudiera ser responsable de la pérdida del torpedero y de las averías del resto de la escuadra el contraalmirante que la mandaba, mientras otros opinan que la violencia con que se desencadenó la tempestad impidió adoptar medida alguna de salvamento.

Entre las víctimas del siniestro se cuenta el capitan de fragata señor Razzetti, que mandaba el torpedero *Confienza*. En la campaña contra el Austria en 1866 dió muestras este valiente marino de un arrojo casi temerario, citándose de él muchos rasgos que así lo confirman.

VIENA

Ahora que empieza el prólogo del invierno con sus acostumbradas lluvias y ventiscas de nieve que convierten las calles de Viena en lodazales, es cuando los conductores de los tranvias se han declarado en huelga. El momento no puede ser más oportuno... para los conductores. En el espacio de un año se ha reproducido la huelga dos veces, no obstante haber obtenido los automedontes las concesiones que apetecian.

***

Vuelve á presentarse aquí sobre el tapete la cuestion de la capacidad de las mujeres para ser *electoras*. En la Styria se han presentado varias damas en las oficinas electorales reclamando su derecho á votar. Realmente, no hay ley alguna en Austria que prohiba á la mujer emitir su sufragio en los comicios y *ecco il problema*. Despues de todo, de ser *electora* á ser *elegible* hay gran distancia, por fortuna, para el género masculino, que andando los tiempos, y segun el sistema de las electoras austriacas, habrá de repasar la ropa en casa mientras las señoras defienden dictámenes y presentan enmiendas en las Cámaras.

NUEVA YORK.

Varios asuntos españoles llaman hoy la atencion en esta capital.

La señorita Carolina Otero, la hermosa bailarina española que tanto entusiasmo despierta entre los concurrentes al «Eden Musée», obsequió recientemente á sus numerosos amigos y á la prensa con un espléndido banquete en salon principal del aristocrático restaurant «Delmónico». Amenizó el acto con sus acordes la orquesta húngara de Erdelyi Naczi.

Más de cincuenta personas se sentaron á la mesa, dispuesta con arte esquisito, y despues de participar de suculentos manjares y vinos sabrosos, se pronunciaron inspirados brindis en español, inglés y francés. La señorita Otero se hizo aplaudir en un felicísimo brindis en su nativa lengua castellana.

Terminada la cena pasaron los comensales á otro salon, en el cual, con

2009 Ministerio de Cultura

acompañamiento de piano y bandurrias cantó y bailó la hermosa *hostess*, con evidente delectacion de los concurrentes, quienes no se cansaban de aplaudirla.

La fiesta se prolongó hasta las cuatro de la mañana y dejó agradabilísimo y duradero recuerdo en el ánimo de los concurrentes.

Citaremos entre estos al señor conde de Kessler; el Sr. Keller, presidente del Club Tenderloin; los representantes de varios periódicos, entre ellos Mr. Joseph Keppler, propietario del semanario *Puck*; Mr. Theodore Hellman, Mr. A. Pagenstelker, y otras personas distinguidas.

El *Herald* ha publicado un artículo sobre costumbres sevillanas y sobre el baile español, firmado por la señorita Otero.

***

Hace aproximadamente un año, los periódicos de París cantaban, en armónico coro, las alabanzas de una bella hija de Andalucía, cuyos artísticos y agraciados bailes eran recibidos con entusiasmo por la selecta concurrencia que llenaba todas las noches el Circo de Invierno, donde á la sazon se verificaban unas brillantísimas fiestas españolas. La sílfide que de tal modo arrobaba los corazones y convertia en pregoneros de sus alabanzas á los críticos de los periódicos era la jóven sevillana Rosita Tejero, á cuyo nacimiento se diría que han asistido las hadas derramando sobre su cuna las perfumadas flores de todos los encantos.

Nueva York alberga hoy en su seno á esta agraciada artista, que durante la representacion del drama histórico y de gran espectáculo *Claudio Nerón*, se dá á conocer en tres bailes hasta ahora no vistos de aquel público, *Los caracoles*, *La manola* yel *¡Oli, mi curra!*

Rosita Tejero, tierno pimpollo qne no abandona el calor materno, es ante todo y exclusivamente una artista, sin otra historia que la de sus ruidosos y legítimos triunfos en la escena ni otra ambicion que la de continuarlos. Así lo hace constar el *Herald* en un estenso artículo que la dedica, acompañado de excelentes grabados representativos de la juvenil bailarina, en castizo traje andaluz que hace resaltar sus naturales encantos.

La representacion del drama *Claudio Nerón*, no estrenado aun á la salida del último correo, ha sido preparada sin omitir gasto, y se anuncia que ha de causar sensacion en el público por la suntuosidad de la *mise en scene*. Una de las particularidades más notables será la aparicion de unos leones domesticados que han sido importados expresamente de Europa, y que han de arrastrar la carroza triunfal de Nerón, el protagonista de la obra.

***

Brillante y numeroso concurso acudió al Chickering Hall para escuchar al pianista español D. Aurelio Ceruelos, que en combinacion con la prima donna señora Alhaiza y otros artistas, inauguró una larga série de conciertos bajo la direccion del señor de Vivo.

La señora Alhaiza mereció muchos aplausos por su vocalizacion brillante de que dió muestras interpretando la gran ária de la locura de la ópera *Hamleto* y bellísima romanza española *La bella florista*, compuesta por el Sr. Ceruelos.

Cuanto á éste, confirmó la opinion de artista superior, animado por el fuego sagrado de la inspiracion y poseedor en alto grado de las cualidades técnicas que adornan á los grandes pianistas.

El Sr. Ceruelos interpretó con esquisito gusto y maestría un concierto de Hertz, una gavota de Bach, y varios números compuestos por él mismo, todo lo cual fué recompensado con ruidosas manifestaciones de aprobacion por el inteligente público que llenaba la sala.

En la segunda audicion, la señora Alhaiza cantó admirablemente un ária de *La Sonámbula*, arrancando justos y merecidos aplausos; y el Sr. Ceruelos interpretó magistralmente la difícil música de Chopin, y tocó como él sabe hacerlo, varias piezas suyas.

Evidentemente los laureles conquistados por el notable pianista español en Europa y en Cuba, reverdecen ante el público norte-americano.

Los críticos hacen grandes y justos elogios del Sr. Ceruelos.

UN APAREJO REDONDO

Vayan con dos mil demonios
los años que aún vivir tengo,
si en brazos de una real hembra
no han de correr placenteros.
¡La gloria! ¡Buena es la gloria
para almas de canto y yeso!
Bueno es el oro, y el vino,
y el supremo poder, bueno.
Pero ¿dónde en este mundo,
ni en el otro, hay más inmenso
placer, que el placer sin límites
de un amor loco, frenético?
¿De un amor que haga crugir
entre los brazos los huesos,
y en que besos y palabras
salgan del labio revueltos?
Si amar es sufrir, suframos;
si es morir, la muerte sabelo;
si es dar el alma al demonio,
suyos son mi alma y mi cuerpo.
Pero es mentira: en sus alas
el amor nos lleva al cielo:
sólo en el amor la gloria
comprender de Dios podemos.
Yo en la mujer, por lo mismo
miro á Dios, y á Dios venero,
y la traigo en mis entrañas,
y en lo más hondo del pecho.
Mas nó de sedas vestida,
de encajes ni terciopelos,
va la mujer que hoy me roba
alma, vida y pensamiento.
Que es una moza de á veinte,
altá, de color trigueño;
muy redonda de caderas,
muy levantada de pecho;
Con pelo negro y sedoso;
y con dos ojos de fuego,
donde encienden sus cigarros
cuando pasan junto á ellos.
Y es, en fin, una real moza
de las que apellida el pueblo
un aparejo redondo.
¡Y qué soberbio aparejo!
Sentada estaba á la puerta
de un ventorrillo, comiendo
y bailando, y repicando
por castañuelas los dedos;
Cuando una tarde la ví
junto al puente de Toledo,
dando tormento á los hombres
y envidia á los mismos cielos.
Verla y quedarme prendado
de sus gracias, fué un momento
que es el amor trabucazo
que pega del alma en medio.
Y si el tiro lo disparan
dos ojos traidores, negros,
cuando con piedad no miran,
dejan al herido muerto.
Muerto quedé, pero á darme
vida nueva y nuevo aliento
vinieron sus dulces ojos,
más que su lengua, parleros.
Y desde entonces la busco,
y soy feliz si la encuentro,
y por donde va la sigo,
y por verla lloro y muero.
¿Qué vale una ilustre dama
de carmin cargada y yeso;
con algodones por carnes;
con puñales en los huesos;
Pintada como retablo;
por solía hablando y riendo;
y que al dar su amor parece
que lo mide y lo dá al peso;
Si á compararla me pongo
con el cuerpo retrechero,
y con el alma y las gracias
de mi redondo aparejo?
Sin más adobos que el agua
que dan la fuente y el cielo;
por todo adorno llevando
una rosa en sus cabellos;
Fresca, límpia y colorada,
salud y gozo vertiendo,
y amándome á puñetazos,
y devorándome á besos,
Tiene la prenda que adoro,
pura el alma y sano el cuerpo;
y en mí los cinco sentidos
con que me idolatra puestos,
Por esto yo con fatigas
negras la quiero y requiero,
y la retequiero, ¡andando!
porque me lo pide el pecho.
Busquen otros los salones
donde se chapurra el griego,
donde se come con guantes
y á donde se asiste en cueros;
Y déjenme á mí la casa
cerquita del Mundo Nuevo,
donde la moza garbosa
que me abrasa con su aliento,
Saca de las entretelas
de su corsé un dulce seco,
y lo parte con sus dientes,
y me dá, y se come medio.
Busquen otros esas aves
de menos carne que pelo,
divinidades por fuera
y estátuas solo por dentro;
Que á mí me gustan las mozas
que al respirar echen fuego;
y al abrazar, crugir hagan
entre los brazos los huesos.

1864.

MANUEL M. DE SANTA ANA.

JUSTICIA SECA

Un filósofo amigo de los niños y, por consiguiente, amigo mio, que tambien soy criatura, aunque mayor, ha pasado lo mejor de su vida desfaciendo entuertos y procurando convertir prójimos á la moral austera y á la justicia seca.

Es una monomanía respetable en tanto que no llega á ser ofensiva.

En cuanto vé en la calle una riña, ya está en medio de los combatientes, interponiendo sus razones y echando moral por boca y narices, como dicen las gentes del *burgo*.

Suele acontecer que los combatientes, sin reparar en obstáculos ni en filósofos, descarguen sobre el mediador algun golpe.

El se le guarda ó concluye su mision emprendiendo á porrazos con uno y otro.

Así es que visita las casas de socorro y las prevenciones con harta frecuencia.

Tiene abono en unas y en otras, y ya le conocen y aun le tratan y no le maltratan los dependientes y funcionarios de la caridad y del órden.

Que un marido se excede de sus derechos con su esposa legítima ó apócrifa:

Allá vá mi amigo sin que nadie le llame.

Que dos perros se acaloran y se pelean en la vía pública:

El es el pacificador temerario de los dos rivales.

Esta série de aventurosas peligrosas le proporciona una vida de agitacion y de disgustos que pocos hombres pudieran soportar.

Pero él goza cumpliendo, como dice, con los deberes de hombre de bien.

En juicios de faltas se presta á servir de hombre bueno, sin estipendio ni interés alguno.

Si alguien necesita un testigo, es él quien se compromete á todo.

Si alguien necesita un duro... no se le dá, pero tampoco se compromete á buscarle.

Está dentro de su programa moral la condicion de no dar dinero.

Sostiene que es una inmoralidad prestar dinero y cumple sus propósitos y justifica sus teorías con las prácticas.

Y si condena los empréstitos, aun más los donativos.

«Dar dinero es humillar á quien le recibe, y quedarse sin él.»

Esta segunda parte del aforismo es la más exacta.

Y, sin embargo, alguna vez ha realizado obras dignas de elogio y aun de imitacion.

En cuanto vé que los del órden detienen á un *rata* en la calle, se aproxima, y con buenas maneras dice á los guardias:

—No le maltraten ustedes, porque, al fin, es un prójimo digno de compasion. El instinto del robo puede albergarse en un corazon de oro: el hombre no es ni debe ser responsable de su organizacion: nadie puede asegurar: «Ese reloj no tomaré.»

Y hay guardias que, si no le conocen, le llevan adjunto al rata; si le conocen, ya están en el secreto, y esplican al público que se aglomera en rededor de ellos, y por señas, que el filósofo es uno que «está de aquí»: vamos, algo destornillado de juicio.

Pero en esa série de aventuras, hay alguna que no deja de tener gracia.

—¡A ese! ¡á ese!—gritaban un dia, pasando mi amigo por una calle céntrica.

Se detuvo y vió que iba corriendo como un galgo un hombre que parecia una sombra, mal amueblado, como la escena en algunas obras dramáticas, segun indican los autores.

Detràs iba un individuo de blusa y alpargatas.

El segundo logró dar alcance al primero.

Este era un infeliz cesante y padre de familia, que no son cargos incompatibles, aunque lo parezcan.

El perseguidor era el dueño de un establecimiento de ultramarinos.

En cuanto logró pescar al fugitivo emprendió con él á golpes.

Pero al segundo mojicon se interpuso mi amigo y aun alcanzó un tercero.

Entonces se enteró de la causa de la agresion.

El cesante habia hurtado un chorizo y un panecillo, y decia devolviéndolos:

—Ahí vá, soy un pobre padre de familia.

—¿Y aun quiere usted que le mantengamos los demás?—preguntaba el cruel tendero.

—Basta—dijo el filósofo.—¿Qué se debe?

—¿Cómo que se debe?

—Ese chorizo y ese panecillo.

—¡Ah! sesenta céntimos.

—Pues ahí van, y dele usted otros dos chorizos. Vaya, tome usted.

El tendero obedeció y entregando al padre del chorizo, digo, al padre de familia, el comestible, dijo:

—Ahora estamos en paz.

—No—replicó el filósofo con gravedad.—Yo perdono la mia, pero usted—añadió dirigiéndose al padre susodicho,—devuelva al señor las dos bofetadas.

—¿Eh?

No hay que decir que el público celebró con entusiasmo aquel juicio de sobras.

Pero se armó una de palos, que temblaban los cristales de todos los balcones de la casa.

Mi amigo relataba esto como una de sus más hermosas aventuras.

EDUARDO DE PALACIO.

MOSAICO MADRILEÑO

El mes de Noviembre.—Problemas domésticos.—El globo cautivo.—Un poquito de teatros.

En vano sería que para no sentir la despiadada marcha del tiempo hubiéramos encolado las hojas del calendario de pared y hecho pedazos el de bolsillo. El frio sutil que por las noches se nota y que, procediendo del viento que ha viajado por el Guadarrama penetra en Madrid, gracias al descuido de sus habitantes, que no acostumbran á cerrar la puerta de San Vicente; la caida de las hojas, que desnudando los árboles visten el suelo, recordándonos que ya es tiempo de ir pensando en la alfombra de la sala y la estera del pasillo; la tos que nos sorprende; el reuma que nos acecha; la estadística demográfica que acusa el desarrollo y término funesto de los males del aparato respiratorio; todas estas circunstancias habrían de bastar para advertirnos que media el otoño y que noviembre ha penetrado de rondon en Madrid, si otras circunstancias aún más graficas no nos lo advirtieran.

Me refiero, como es de suponer, á la Conmemoracion de los difuntos, al atracon de buñueios, que es el complemento inevitable de las fúnebres ceremonias, y á las representaciones escénicas del *Don Juan Tenorio*, pues sabido es que si los antignos consagraron el mes de noviembre á Diana, nosotros se lo consagramos á nuestro vate legendario José Zorrilla y á la obra que mayores amarguras y mayores triunfos le ha proporcionado.

A estas horas, y según la costumbre, no ya madrileña, sino española, media docena de Tenorios, más ó ménos torcidos, gangosos, contrahechos ó decrépitos, nos habrán repetido que no hay mujer capaz de resistirles,

desde la princesa altiva
á la que pesca en ruin barca,

y habremos aprendido una vez más que, seegun la especialísima providencia teatral, el pobre comendador Ulloa, sin más culpa que el tener el genio un poco agrio y testarudo, es llevado al infierno, y el que se pasa la vida atropellando todo lo santo y digno y noble, se va al cielo en carne y hueso y en compañía de una buena moza, entre angelitos de yeso y flores de talco, gasas con lentejuelas y luces de bengala, mientras rascan los violines de la orquesta unos cuantos compases para acompañar el recitado del galan.

Noviembre es un mes nebuloso, frio y triste; acaso más triste que los del invierno que le siguen. Y no solo está reconocida esta verdad por los hombres, sino que los mismos irracionales la reconocen y proclaman.

¡Oh! ¡si los gruñones ejemplares de la raza de cerda pudieran espresar sus opiniones acerca del mes de noviembre!...

***

Con la llegada del mes de noviembre coincide el planteamiento de numerosos problemas en las casas, problemas apremiantes. difíciles y que sólo suelen tener una incógnita: el dinero.

Este problema, que en las clases altas se plantea con la necesidad del nuevo carruaje ó el abono en el Real, se resuelve pronto, anticipando el consumo de la renta, mermando el capital ó haciendo una visita al Registro de la propiedad por esa continua evolucion que va haciendo pasar todas las haciendas de la grandeza á manos más activas.

En las últimas capas sociales, el mismo problema se ha planteado bajo la forma de innumerables necesidades; pero se ha confiado su resolucion en el porvenir, ya á la beneficencia pública, ya á la caridad privada.

En ambos estremos de la escala, el problema está ya resuelto ó ha sido declarado insoluble; pero á ninguna de ellas ha producido los disgustos y las amarguras que á la clase media.

El padre de familia ha hecho un violento esfuerzo en el mes anterior para pago de matrículas y adquisicion de libros de texto; pero el frio le advierte que no basta atender á la educacion de las generaciones futuras, sino que es preciso calentar interior y exteriormente los cuerpos de todos los demás indivíduos de la familia, y, lo que es más grave, esterar las habitaciones, poner burletes en las junturas, y encender, en unas la chimenea de encina, en otras el clásico braserillo de cisco, y en algunas la moderna estufa *Chouberski*.

La madre reclama, y con justicia, un abrigo que merezca este nombre y unas botas de lluvias; las niñas recuerdan que sus vestidos de lana no admiten más composturas ni arreglos y que el dueño del tinte las ha advertido que no hay tejido que tolere siete colores como los que han tenido ya aquellos trapos; se pasarán sin las *pelerinas* con que habian soñado; renunciarán al *boa;* pero á un abrigo, aunque modesto, no pueden renunciar. Por otra parte; esto debe ser muy barato, y no basta que el padre proteste, fundado en la falta de fondos, pues no dejarán de decirle:

—Pues las de A.... lucen muy buenos abrigos, y su padre es un pobre oficial del ramo de Loterías; las de B... no pierden estreno de teatro y en su casa no entra más sueldo que la viudedad de su madre la coronela. ¿Pues y las de C....? Buenas eran ellas para llevar unos trajes como los nuestros, cuando parece que tienen un guardarropa mayor que el del Real...

—Es que las de C.... quiere el padre insinuar....

—Sí, ya sabemos lo que vas á decirnos; pero esas son calumnias. Y... ¿qué es el padre? Un tenedor de libros, al paso que tú....

—Sí, yo, por no tener, ni áun libros tengo.

—Pero eres un jefe de negociado.

—Que cobra sesenta duros al mes.

—¡Pues ya ves!

—Sí, ya veo que con ellos tenemos para no morirnos de sed. Por otra parte: Julianito necesita ropa tambien; el año antepasado se volvió su gabán lo de dentro afuera y el año pasado lo de arriba abajo... ¡Como no querais que este año lo use de canto! El pobre Juan, como más pequeño, tiene menos exigencias; pero ya sabeis que el invierno último tuvo el dengue por no llevar más abrigo que la pelleja de la cama arrollada al cuerpo y sujeta por una chambra de su madre.

Y el pobre cabeza de familia se pasa los dias contando por los dedos y realizando los cálculos más atrevidos para *estirar* el dinero, segun dice con su pintoresco lenguaje la esposa, como si un duro pudiera tener en ningun caso más que cinco pesetas, con arreglo á la nueva ley monetaria ó veinte reales con arreglo á la antigua.

***

Durante el mes último, los habitantes de Madrid no miraban en direccion al Este sin ver elevado magestuosamente en los aires un globo magnífico, desde cuya barquilla nos contemplaban de seguro, admirando nuestra pequeñez, algunos individuos que por algunas pesetas se propinaban el capricho de verificar la ascension.

El globo cautivo habia conseguido tener buen número de partidarios y la empresa explotadora parecia llamada á lograr bastantes rendimientos; pero si todas las grandezas son efímeras, mucho más debia serlo una que se fundaba en el aire. El globo cautivo prefirió á la esclavitud la muerte y estallando el gas que le llenaba, inflamado por causa desconocida, convirtió instantáneamente en pavesas la sólida tela que lo formaba.

Unos cuantos heridos y una empresa arruinada: hé aquí lo que del globo nos queda ya. La caridad del pueblo de Madrid es posible que remedie algo; pero creo que el fracaso nos privará en mucho tiempo de la posesion de otro globo, pues han de mirarse mucho los futuros empresarios antes de confiar su fortuna y sus esperanzas á unos pedazos de tela y algunos metros cúbicos de gas.

***

Simultáneamente han abierto al público madrileño sus puertas dos teatros de importancia: el Español y el de la Zarzuela.

En el primero se cultivará el alto drama; en el segundo el melodrama sentimental; en aquel veremos, arrancadas de la realidad, las hondas pasiones que nos agitan; en éste acompañaremos á la víctima en la prolongada serie de sus desventuras, con la seguridad de aplaudir al final el triunfo de la virtud. Desde que *Pipí* exclamaba ingénuamente en la obra *El Café*: «¡Cómo me gustan á mí las comedias en que hay traidor!» la masa general del público comparte la misma opinion, y yo la hago mia en todas sus partes. En el drama verdaderamente humano y moderno es más que posible que nos aguarden impresiones por todo extremo desagradables, presenciando acaso la larga agonía y la muerte, llena de detalles de crudo realismo, del protagonista de la obra; en el melodrama podemos seguir tranquilamente las peripecias de la accion, sin que nos impresionen las malas artes del pícaro traidor, pues, como estamos en el secreto, sabemos que ya están los comparsas poniéndose los uniformes de gendarme, para apoderarse del causante de tantos daños y hacerle pagar sus innumerables fechorías. El drama tendrá indudablemente mayor número de entusiastas, cuyos gustos respeto; pero si la representacion escénica ha de ser una ficcion, aceptemos con preferencia la que es consoladora y nos ofrece útiles enseñanzas, antes que verdades amargas y humanas tristezas.

De desear es que ambas empresas obtengan el premio que por sus esfuerzos merecen y dejen tras de sí gratos recuerdos y alguna nueva obra que aumente y refresque el antiguo repertorio.

En los demás teatros la campaña no ha dado hasta la presente resultado alguno digno de mencion. Si no fuera por la compañía de Mariquita Alvarez Tubau, que nos ha presentado algunas buenas comedias del repertorio francés, y por el laudable esfuerzo de Emilio Mario en favor de la clásica produccion española, y por darnos á conocer la comedia *La vieja ley*, podríamos creer que aún continuábamos en el verano, juzgando por el repertorio de los demás coliseos. Líbreme Dios de fulminar censuras contra un género que el público aplaude y alienta, pues no tengo vocacion de mártir ni mision crítica que llenar en estos apuntes: hago constar solamente que aun seguimos entregados á los títulos que en el último verano han hecho furor, acaso por presentarse sus chistes y situaciones con la lijereza paradisiaca anterior á la hoja de parra.

Y es que, así como la humanidad sufre terribles epidemias y apenas termina el dengue cuando surje la viruela, y con la viruela simultanean ya el cólera y el tifus, en el mundo literario hay tambien sus epidemias. Hoy se registran casos, casi á diario, en los diferentes teatros de Madrid... y muchos de ellos son fulminantes y seguidos de muerte.

Esperemos confiadamente que con el tiempo surgirá algun nuevo Moratin, con alientos de que el antiguo carecía, para desinfectar y sanear los coliseos madrileños, aunque algunos de los actuales autores y actores tengan que buscar su sustento en el honrado ejercicio de la zapatería ó en las nobilísimas faenas de la labranza.

MASSORIO Y BERNARD.

2009 Ministerio de Cultura